



CAMINANDO CON CRISTO

YOLANDA DIAZ

EL COMIENZO DEL CAMINO



Con profundo agradecimiento a Dios, presento este libro titulado “Caminando con Cristo”.

Cada palabra, cada recuerdo y cada experiencia que aquí comparto son para dar toda la gloria al Señor, quien ha sido mi sostén en los momentos de gozo y también en las horas más difíciles.



Mi nombre es Yolanda Díaz, esposa de Osmar Florentín hace ya 31 años y madre de tres maravillosos hijos. A lo largo de mi caminar he experimentado el amor, la fidelidad y la misericordia de Dios de formas que jamás imaginé. Este libro nace de la necesidad de compartir mi testimonio y las lecciones que he aprendido en este trayecto de fe.

Decidí escribir estas páginas porque sé que la vida cristiana no siempre es fácil. Hay momentos de gozo y victoria, pero también de pruebas y desafíos. Sin embargo, en cada paso he podido experimentar que Dios ha sido mi guía, mi refugio y mi fortaleza.

Mi deseo es que al leer este libro encuentres aliento, dirección y esperanza. Aquí encontrarás reflexiones, experiencias personales y principios bíblicos que me ayudaron a perseverar. No se trata solo de una historia, sino de un testimonio vivo de cómo Dios obra cuando decidimos caminar tomados de su mano.

Mi anhelo es que, al recorrer estas páginas, sientas que no estás solo en tu propio camino de fe, y que puedas descubrir, al igual que yo, la inmensa paz y el propósito eterno que hay en seguir a Cristo.

Niñez y Entorno Familiar

Una infancia marcada

Mi familia estaba compuesta por mi papá, mi mamá, mi hermano mayor Claudio, mi hermana menor Laura y yo, la del medio. Nuestra casa era muy humilde. Laura era recién nacida cuando nos mudamos y recuerdo que mamá me sentó en la cama, puso a mi hermanita envuelta en mantas y me dijo:

—“Quédate aquí mientras bajo las cosas”.

Éramos una linda familia, pero sin Dios. Papá era un hombre muy trabajador, mamá dedicada al hogar. Sin embargo, él solía visitar a un curandero y acostumbraba darnos un poquito de vino con soda. Nunca había jugos ni gaseosas en casa. Para mis 11 años, yo ya tomaba más vino que soda, y a los 12 no solo bebía alcohol, sino que también comencé a fumar y a probar drogas

Infancia sin inocencia

En mi niñez siempre fui tranquila, pero sufría. Me robaban los útiles en la escuela, me pegaban, y yo aguantaba en silencio. Recuerdo especialmente a una maestra, Silvia, de apenas 23 años. Un día, mientras escribía en el pizarrón, algunos compañeros —repetidores de años anteriores— le tiraban papelitos. Ella, enojada, vino hacia mí, me sacó la carpeta y me golpeó en la cabeza con ella.

Por primera vez me llené de ira. No era justo. Todos se reían y yo, descontrolada, tomé una silla y la lancé contra la maestra. Ese día firmé por primera vez el cuaderno de disciplina. Mamá tuvo que ir a buscarme. Desde ese momento ya no fui la misma: el espíritu de violencia tomó lugar en mi vida.

Comencé a juntarme con chicas más grandes y rebeldes. En las salidas escolares nos peleábamos con otras, y nadie me frenaba. Llegué incluso a golpear a una vecina hasta hacerla sangrar.

Reflexión

Mamás, oremos siempre por nuestros hijos. Observemos sus cambios de carácter y cómo se conducen. Estos tiempos están llenos de influencias peligrosas en las escuelas: ideologías, ejemplos torcidos y malas compañías. El camino es la oración, el ayuno y el diálogo constante para conocer verdaderamente el corazón de nuestros hijos.

(San Lucas 21:36 / 1 Timoteo 2:15)

Anécdotas: Un sueño que me marco y la oración de una madre

Cuando tenía alrededor de seis años, tuve un sueño que jamás olvidé: estábamos todos durmiendo en casa, de repente la tierra se abrió y caímos de espaldas. Yo miré hacia abajo y vi fuego. Me desperté llorando. Al contárselo a mamá le dije:

—“Abajo de la tierra hay fuego para que nos quememos”.

Ella me respondió que era solo un sueño... pero en mi corazón entendí que existía un infierno real. Años más tarde, cuando la hermana Marcelina me predicó, sus palabras fueron claras: "Tienes un infierno que perder y un cielo que ganar". Ese fue el mensaje que se grabó en mi alma.

Cuando tenía 11 años, fuimos de vacaciones a la casa de mi tía Felipa en La Plata. Ellos vivían en Punta Lara, cerca de la playa, un lugar hermoso rodeado de verde. Allí estaba mi primo Walter, hijo único, que hacía el servicio militar y venía todos los días a las 13 horas a casa. Yo lo veía como alguien fuerte, responsable, un ejemplo. Sin embargo, al regresar a casa y comenzar el colegio, recibimos una noticia dura: Walter fue convocado a la guerra de Malvinas.

Recuerdo a mi tía orando sin cesar por su hijo, día y noche, esperando que volviera con vida. Pasaron meses hasta que, gracias a la misericordia de Dios, regresó. Pero no volvió igual: tenía enfermedades en los pulmones y estuvo varios meses internado hasta recuperarse. Ese episodio me marcó profundamente. Aprendí desde pequeña que la oración de una madre puede sostener la vida de un hijo en medio de la guerra.

Juventud, Drogas y Conversión

Juventud en oscuridad

Crecí rápido. A los 12 años ya fumaba, bebía y me drogaba. Trabajaba cuidando tres niños, salía a las cinco de la tarde y después iba al colegio nocturno. Mi vida, aunque apenas comenzaba, ya estaba atrapada en un mundo oscuro y sin salida.

Vivía con una amiga llamada Adriana. Ella estaba sola con su hija y, en ese tiempo, había perdido a su padre. Cayó en una profunda depresión, y la muerte rondaba nuestra casa. Yo, desesperada, busqué ayuda en una religión muerta, donde incluso me querían cobrar por visitar a mi amiga.

Un día, una joven conocida me preguntó si quería que la visitaran unos hermanos cristianos evangélicos. Sin dudarlo acepté.

Un encuentro que cambió todo

Cuando los hermanos llegaron, oraron por Adriana y el Señor la libró de la muerte. Luego me invitaron a aceptar a Cristo como mi único y suficiente Salvador.

Esa noche me fui a mi cama con mil interrogantes en mi corazón. Estaba dolida, con la enfermedad en mi cuerpo y sin paz. Recordé las palabras de los cristianos y, quebrantada, oré:

—“Dios, vinieron personas que me hablaron de Ti, me dijeron que eres real. Me hicieron repetir una oración, pero sigo igual: decepcionada, enferma y sin paz”.

Lloré desconsolada. De pronto, entró el perro de Adriana, al que yo no quería. Se acercó y acaricié su cabeza. La habitación estaba apenas iluminada, pero de repente abrí mis ojos y la luz ya no era tenue: era blanca, radiante, algo extraordinario. En ese instante, el dolor se fue y sentí por primera vez lo que tanto buscaba: la paz de Dios.

El llamado a la iglesia

Días después, Adriana y los hermanos me invitaron a ir a la iglesia. Respondí que no. Pero mientras limpiaba el comedor, un calor extraño me envolvió, y sentí la necesidad imperiosa de ir.

Yo era muy ostentosa; nunca salía sin arreglarme. Pero esa tarde lo único que importaba era llegar a la iglesia. Caminé hasta aquel lugar sencillo, pequeño... y allí comenzó mi nueva vida.

Reflexión:

No te importe tu apariencia cuando la necesidad de tu alma clama. Cuando el llamado de Dios arde en tu interior, apresúrate, deja todo y corre hacia Él. La salvación vale más que cualquier cosa que puedas dejar atrás.

(San Juan 13:1)

Pruebas y Primeras Experiencias con Dios

Una experiencia con la muerte

Una de las hermanas que me enseñaba a caminar en los caminos del Señor era una anciana llamada Marcelina. En pleno verano, siempre llevaba la cabeza envuelta en una bufanda y a media cuadra ya se la escuchaba orando en lenguas y profetizando. Ella me enseñó a no tener miedo de nada:

“Clama siempre la sangre de Cristo, que tiene poder. Vive en paz, porque el Señor está contigo a través de su Espíritu Santo”.

Una noche nos visitó una amiga llamada Mari, que tenía dos nenes. Yo le presté la cama y dormí en una reposera. Eran ya las tres de la madrugada cuando me senté y me di cuenta de algo estremecedor: mi cuerpo seguía acostado en la cama. Miré y pensé: estoy muerta.

Intenté volver a mi cuerpo y no pude. Recordé lo que me dijo la hermana Marcelina y clamé con fuerza:

“¡La sangre de Cristo tiene poder!”.

En ese instante, mi alma volvió a mi cuerpo y me incorporé. Pero algo más sucedió: a los dos nenes se les levantaba el pecho de manera extraña, rechinaban los dientes, y Mari empezó a quejarse en sueños. Oré con autoridad y el Señor tomó control del momento.

Al abrir la Biblia, me habló el Salmo 91. Ese día el Señor me mostró que Mari no era quien decía ser: practicaba hechicería y vivía en pecado. Comprendí que el enemigo quería entrar en mi vida, pero el poder de Cristo me guardó.

Reflexión:

Nunca permitas que cualquiera duerma en tu cama o entre a tu recámara si no es de la misma fe. A veces, hasta los amigos o familiares pueden ser portadores de tinieblas. Nosotros, en cambio, somos portadores del Espíritu Santo. El enemigo solo busca debilitarnos, pero en Cristo somos más que vencedores.

(San Mateo 12:43-45 / Josué 9:4-9)

El infierno que me esperaba

Recordé también un sueño que tuve a mis seis años, cuando la tierra se abrió bajo mis pies y había fuego. Ahora entendía: había un infierno real que me esperaba si no cambiaba. A mis 18 años, ese mensaje de la hermana Marcelina cobró sentido: “Tienes un infierno que perder y un cielo que ganar”. Ese fue el comienzo de mi llamado: predicarle a mi familia de Jesús.

Reflexión:

No huyas del llamado del Señor. Esfuérzate en hacer su voluntad, aunque te cueste. Tu vida tiene un propósito que nadie más puede cumplir.

(Jeremías 1:5 / Mateo 9:9)

Matrimonio y Ministerio

Formación en los caminos del Señor

Siendo soltera, asistía fielmente a los cultos, a las reuniones de damas y a las vigilijs juveniles. Me estaba formando en la oración, en el servicio y en la paciencia. Buscaba cada oportunidad para aprender y servir, aunque todavía tenía muchas cosas que el Señor debía pulir en mí.

En una ocasión, unas hermanas me invitaron a la casa de una nueva creyente que necesitaba alguien que animara la fiesta de cumpleaños de su hijo. Me pidieron si podía disfrazarme de payaso, y acepté.

Llegó el día, llamé a la puerta y al grito de “¡Rooodrigo!” salió el niño festejado. Sus ojitos brillaron de alegría al verme. Fue hermoso verlo tan feliz, y a los demás también les gustó tanto que incluso me contrataron para dos fiestas más. Yo estaba contenta, hasta que algunos hermanos me aconsejaron:

—“Por esta vez estuvo bien, pero no es bueno que te disfraces de payaso. El payaso representa alguien sin identidad, alguien que esconde quién realmente es, con un doble ánimo. Si quieres que el Señor cuente contigo, debes mostrarle que deseas cambiar y apartarte de esas cosas”.

En el momento no me gustó escuchar eso, pero comprendí que tenían razón. Entendí que no quería ser payaso del diablo, sino sierva de Cristo, predicando con autoridad para que aún las tinieblas me obedezcan.

Reflexión:

Si deseas que el Señor te use, muéstrale con tu vida que estás dispuesta a cambiar. Apártate de aquello que pueda restar autoridad a tu testimonio. No fuimos llamados a entretener al mundo, sino a alumbrarlo con la luz admirable de Cristo.

(1 Pedro 2:9)

El comienzo de una historia de amor

Tiempo después, un domingo a la tarde fui a un culto donde la mayoría eran ancianos. Yo pensaba que allí no habría jóvenes para mí y que mis esperanzas de casarme se desvanecían. Sin embargo, abrí mi corazón y decidí servir entre ellos, aprender a orar por la tercera edad y a comprender sus necesidades.

Pero el Señor tenía preparada una sorpresa. Ese día apareció un joven apuesto, bien vestido, llamado Osmar. La hermana Eugenia se acercó y me dijo:

—“Este es uno de los hermanos por los que oramos”.

No lo sabía, pero en esa lista de oración estaba escrito su nombre. Fue un encuentro breve pero significativo. A partir de entonces, comenzamos a coincidir en visitas a enfermos y cultos especiales. Allí, en medio del servicio, nació el amor entre dos jóvenes que buscaban a Dios.

Cinco meses después, hablamos con nuestras familias y fijamos fecha de casamiento: 18 de marzo por civil. Y un día después, el 19 de marzo de 1994, nos casamos por iglesia.

Luchas y oposición

Nuestro matrimonio fue hermoso, pero no estuvo exento de luchas. Muchos nos criticaron, incluso dentro de la iglesia. Lo más difícil fue descubrir que mis suegros practicaban la magia negra. No eran simples curiosos: buscaban lo certero. Ellos se opusieron a nuestra unión, pero lo que no sabían era que, al hacerlo, tocaban a la niña de los ojos de Dios

(Zacarías 2:8).

Pese a todo, con oración y ayuno aprendimos a caminar juntos, a conocer el mundo espiritual y a servir al Señor con humildad.

Reflexión:

El matrimonio no es un camino libre de pruebas. Si el Señor está en medio, aunque se levante el infierno, nada podrá destruir lo que Dios unió. Nuestro deber es abrazar lo que viene de Él con oración y perseverancia.

Primeros pasos en el ministerio

Con el tiempo entendimos que todo lo vivido nos apartaba de una vida religiosa vacía. En su lugar, Dios nos llamaba a un ministerio real y activo, sostenido por el ayuno y la oración. El Evangelio no es de luces ni de apariencias; es caminar con perfil bajo, escondidos en el hueco de la mano de Dios. En ese lugar, las tinieblas no pueden alcanzarnos.

(Éxodo 33:22-23)

Reflexión:

El cristiano debe ser como el árbol ereso: flexible ante la nieve y el peso de las pruebas. Aunque caiga al suelo, cuando sale el sol vuelve a levantarse. Así somos nosotros: después de cada lucha, volvemos fortalecidos, con más experiencia y más fe.

(Filipenses 3:14-17)

Embarazo, Pérdidas y Consuelo de Dios

El anhelo de ser madre

Al poco tiempo de casarnos, llegó a nuestro hogar la noticia más esperada: estaba embarazada. La alegría fue inmensa. Junto a Osmar comenzamos a soñar con la llegada de nuestro primer hijo, planeábamos cómo sería su cuarto, hablábamos de los nombres y nos ilusionábamos con cada detalle.

Pero esa felicidad pronto se vio interrumpida por una fuerte pérdida. Mi embarazo no prosperó. El dolor fue indescriptible. Me preguntaba una y otra vez por qué el Señor lo había permitido. Sentía que algo en mi interior se rompía.

Lágrimas en el altar

Recuerdo noches enteras de rodillas, con lágrimas corriendo por mi rostro, mientras levantaba mis manos al cielo y le decía:

—“Señor, ¿qué hice mal? ¿Por qué no puedo retener la vida en mi vientre? Si Tú eres el dador de la vida, ¿por qué me permites pasar por esto?”.

En medio de mi quebranto, el enemigo intentaba susurrar palabras de derrota: “Nunca serás madre... tu vientre está maldito”. Pero en lo profundo de mi corazón, el Espíritu Santo me fortalecía y me hacía sentir su ternura.

Una y otra vez me venía a la mente esta palabra: “Confía en mí, hija. Yo soy el que da la vida, y a su tiempo verás mi gloria”.

Pérdida tras pérdida

No pasó mucho tiempo y quedé embarazada nuevamente. Mi corazón se llenó de esperanza, pero otra vez enfrenté la misma amarga experiencia: la pérdida de ese bebé. Era como si una nube oscura quisiera instalarse sobre mi fe, como si todo me gritara que no lo intentara más.

El dolor físico fue duro, pero el dolor emocional fue aún más fuerte. Sentía un vacío que nadie podía llenar. Y en medio de ese vacío, entendí que solo los brazos de Cristo podían sostenerme

El consuelo de un Padre amoroso

Dios no me dejó caer. En medio de mis lágrimas, me envolvió con su paz. Era como si sus manos me levantaran y me recordaran que Él estaba conmigo, aunque no entendiera los “por qué”.

Más adelante, el Señor cumplió su promesa y me regaló la dicha de ser madre de tres hijos varones. Cada uno fue respuesta de oración, fruto de lágrimas, de perseverancia y de fe.

También me regaló a mi hija Caren, a quien pude abrazar, besar y disfrutar. Fue un regalo hermoso, aunque el Señor decidió llevársela a su presencia antes de tiempo. Esa herida todavía duele, pero sé que un día volveré a verla en la eternidad. Esa esperanza es el ancla que sostiene mi corazón.

Reflexión:

Las pérdidas nos marcan, pero también nos acercan al único que puede consolarnos de verdad. Si hoy enfrentas un vacío en tu corazón, recuerda que el Señor tiene un propósito mayor. Él seca nuestras lágrimas y convierte nuestro lamento en danza. En sus manos, aún la herida más profunda puede ser transformada en un testimonio de fe.

(Salmo 30:11 / Apocalipsis 21:4)

Consuelo, Fortaleza y Ministerio

Un nuevo comienzo

Después de atravesar pérdidas y dolor, el Señor me enseñó que la vida no se detiene en la tristeza, sino que en Él siempre hay un nuevo comienzo. Comprendí que no podía quedarme llorando eternamente, porque Dios me había dejado con vida por un propósito.

Cada vez que me levantaba de rodillas, sentía una fuerza distinta: ya no era la misma mujer débil que se quebraba con cada golpe, sino alguien a quien Cristo había forjado en el horno de las pruebas.

Un ministerio nacido en la intimidad

Lo que más me sostuvo no fueron los grandes eventos ni las multitudes, sino los momentos íntimos con Dios en oración. Fue en la habitación secreta donde aprendí a conocer la voz del Espíritu Santo, a discernir las artimañas del enemigo y a usar el poder de la intercesión.

A partir de ahí, el Señor comenzó a usarme de una manera distinta:

- Me enviaba a orar por enfermos, y veía cómo eran sanados.
- Me llevaba a visitar hogares quebrados, y presenciaba cómo las familias se reconciliaban.
- En las vigiliass, me daba palabra para los jóvenes, y muchos decidieron entregarle su vida a Cristo.

Frutos del servicio

Junto a Osmar aprendimos que el ministerio no es cuestión de púlpitos, sino de servir donde nadie quiere servir. No siempre fuimos los más vistos, pero muchas veces fuimos los que entrábamos en casas destruidas, en hospitales olvidados y en cárceles necesitadas de una palabra de esperanza.

Y allí, en esos lugares donde pocos llegan, vimos los milagros más grandes:

- Jóvenes adictos siendo libres.
- Matrimonios a punto de separarse, restaurados.
- Personas que habían perdido la fe, recibiendo de nuevo el gozo de la salvación.

Una fe que inspira a otros

El Señor me enseñó que no debía callar lo que Él había hecho. Así nació en mí el deseo de compartir mi testimonio, no para mostrar mis fuerzas, sino para declarar que la gracia de Dios es suficiente para cualquier herida.

Hoy puedo decir que cada pérdida, cada lágrima y cada batalla sirvieron para levantarme como una mujer que no solo sobrevivió, sino que ahora inspira a otros a seguir adelante en Cristo.

Reflexión:

El ministerio verdadero nace en el quebranto y se fortalece en la intimidad con Dios. No son los títulos ni los escenarios lo que hacen la diferencia, sino un corazón dispuesto a servir. Que este testimonio te recuerde que, aunque el enemigo intente destruirte, el Señor siempre tendrá la última palabra.

(Salmo 126:5-6 / Isaías 61:3)

Al mirar mi hogar, mi esposo y mis hijos, no puedo más que reconocer la fidelidad de Dios. Él ha sido el fundamento de nuestro matrimonio y la guía en cada decisión. No ha sido un camino fácil, pero Su amor ha sostenido nuestras vidas, y hasta aquí puedo decir con gozo: ¡Eben-ezer, Hasta aquí nos ayudó Jehová!